

1. La oración del Papa Francisco por la enfermedad en el mundo.

Aquel brumoso atardecer un pensativo Papa Francisco sorteó trabajosamente los escalones del atrio de la Basílica de San Pedro, para alcanzar el podio ubicado bajo el baldaquino que lo protegía de una persistente lluvia.

Observando la desierta plaza petrina, el Santo Padre parecía tener solamente al frente, como solitarios espectadores, las masivas columnatas de Bernini. Aquel espacio dramáticamente vacío, acostumbrado a las multitudes de entusiastas y bulliciosos peregrinos, ejemplifica la grave carga que le ha correspondido sobrellevar al Papa Francisco: portar el clamor de un mundo que sufre una terrible enfermedad, que ha puesto al descubierto nuestras fragilidades, que ha demolido muchas de nuestras falaces seguridades.

Aquella tarde, gracias a los medios de comunicación, la voz del Papa se dejó escuchar en todo el mundo, en un mensaje que logró recoger la hondura y la complejidad de sentimientos y de experiencias que vive la humanidad: “¡Nos encontramos asustados y perdidos!”, exclamó el Santo Padre¹.

Al contemplar los continentes parecería que “todo se ha oscurecido. Densas tinieblas cubren nuestras plazas, calles y ciudades”, describió Francisco. Cómo que un lóbrego sentimiento se ha adueñado de nuestras vidas, “llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas”².

De forma repentina la luz del verano, el fresco brillo de la primavera fue reemplazado por una tormenta sorpresiva y furiosa. La tempestad del coronavirus coincidió con la Cuaresma, una experiencia de preparación para la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo que conmemoramos en la Semana Santa.

Desde aquel inusitado desierto, en lo que fue alguna vez una de las plazas más concurridas en el mundo, donde se conmemora el martirio de San Pedro y de tantos cristianos, el Papa Francisco describía nuestra realidad colectiva:

“La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas ‘salvadoras’, incapaces de apelar a nuestras raíces, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar”³.

Creo que todos guardamos un recuerdo desconcertante de aquellos días, cuando la realidad de la enfermedad fue asentándose en nuestras conciencias: “¿Una plaga? ¡Por favor estamos en el siglo

¹ S.S. Francisco, En el momento extraordinario de oración por la pandemia, 27 de marzo, 2020.

² Allí mismo.

³ Allí mismo.

XXI! Estas cosas no pueden ocurrir". Quizá pensamos: "¡La ciencia ofrecerá una respuesta inmediata para esta pandemia! Seguramente saldrán en nuestra ayuda los inmensos poderes que nos ofrecen la medicina, la biotecnología y la tecnología de la información".

¡No ha sido así! Hasta ahora nos vemos impotentes para detenerla; sus terribles secuelas, como el desempleo, la pauperización y la amenaza del hambre ya nos azotan.

El Papa Francisco recogía, en otra meditación sobre el futuro y sus demandantes retos:

"Vivimos rodeados por una atmósfera de dolor e incertidumbre (...) ¿Cómo haremos para llevar adelante esta situación que nos sobrepasa completamente? El impacto de todo lo que sucede, las graves consecuencias que ya se reportan y vislumbran. El dolor y el luto por nuestros seres queridos nos desorientan, acongojan y paralizan"⁴.

Nadie está a salvo de la enfermedad: su flagelo iguala al gobernante de una gran nación, con la humilde abuelita solitaria, que habita en un asilo.

Aquellos días en que el coronavirus irrumpió violentamente en nuestras vidas, colocando todo de cabeza, de alguna manera empezamos a vivir en un "desierto", en un yermo de confusión e impotencia.

2. Tiempo de prueba: ¿Cómo interpretarlo?

Cómo a los Apóstoles durante la Pasión de Jesucristo, el horizonte que tenemos al frente constituye un tiempo de prueba; un reto para nuestra confianza en el futuro. Un período muy difícil, pero que puede educarnos, que puede enseñarnos a vivir de una manera más digna y solidaria. Puede también hacernos más humildes y generosos. Una prueba que puede fortalecer nuestra fe.

Existen otras alternativas: como sumirnos en la amargura y en la frustración, cuando asumimos que nuestras vidas parecen truncarse. Podríamos vivir este momento difícil como un desierto estéril, sin ningún sentido, gobernado por la banalidad, en el que nos hallamos sedientos y desesperados.

Un ensayista no creyente escribía una opinión que recoge la experiencia de innumerables personas que sufren intensamente. Que experimentan un sin sentido en medio de esta crisis. Aquel literato aportaba una impresión muy realista de lo que vivimos, pero que tristemente carece de un horizonte de esperanza.

Aquel autor expresaba con crudeza:

"El miedo se ha convertido en el factor ordenador de la sociedad global en la pandemia. Pero ¿cómo orientarnos ahora que el miedo está desnudo? Fracasamos. Nos creíamos tan poderosos y un virus nos deshizo. Estamos encerrados, muertos de miedo, vivos de miedo, sin más recursos que dejar de hacer lo que hacemos, de ser lo que somos -y esperar que la desgracia tampoco nos toque-. Somos el miedo. No hay nada más antiguo, más natural que el miedo (...) El miedo siempre estuvo presente en nuestras vidas, en nuestras sociedades. Pero nunca como en estos días"⁵.

⁴ S.S. Francisco, Un plan para resucitar: una meditación, Revista Vida Nueva, Madrid, 17 de abril de 2020.

⁵ Martín Caparrós, ¿En algo hay que creer?, New York Times, 23 de abril de 2020.

3. La experiencia del desierto y su sentido pedagógico.

¿Vamos a paralizarnos por el miedo? Tenemos una alternativa: aprender de esta experiencia. Que ella se transforme en escuela de esperanza. No nos dejemos aplanar por la pesantés de esta Pasión, de este dolor. Otro sufrimiento terrible, la muerte espantosa de Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador nuestro, tuvo su salvífico corolario en la Resurrección, que hemos conmemorado hace unos días.

El simbolismo del Santo Padre orando ante la vacía plaza de San Pedro nos propone una paradoja similar a la propuesta por el antiguo libro apostólico de la Didajé, un camino de la vida y otro de perdición. La experiencia del desierto que nos ha venido a plantear la pandemia nos aporta la oportunidad y el espacio para discernir que senda elegiremos: abandonarnos al temor y a la desesperanza, u optar por unirnos en comunión a la esperanza y al amor de Dios.

El Papa Francisco nos invitaba a que “en este tiempo de tribulación y luto, allí donde estés, puedas hacer la experiencia de Jesús Resucitado, que sale a tu encuentro, te saluda y te dice: ‘Alégrate’ (Mt 28, 9). Y que ese sea el saludo que nos movilice a convocar y amplificar la buena nueva del Reino de Dios”⁶.

¿Ustedes dirán, el Papa Francisco perdió la conciencia de lo que acontece porque nos habla de la alegría? ¿Acaso no toma en cuenta nuestros dolores? Creo que todos estamos sufriendo. Todos estamos en la misma barca. La alternativa es aprender. Madurar con la experiencia.

Desde sus primeros instantes, la humanidad conoció el desasosiego, el dolor. Jesucristo se encarnó y sufrió en la cruz para darle un sentido al sufrimiento humano. Ciertamente la experiencia religiosa del cristiano es radicalmente distinta a lo que podría interpretarse como una evasión de la realidad.

La vida cristiana encara lo que sucede, pero con esperanza. Jesús nos invita a que acudamos a Él con el corazón en la mano, sin avergonzarnos de nuestros padecimientos. Nos dice: “Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y Yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30).

El Señor conoce nuestros dolores, se compadece de nuestra enfermedad, de nuestras miserias y de nuestra hambre. Los sufrientes ocupan el primer lugar en su corazón y en su preocupación: particularmente los que se sienten rendidos y agobiados.

A Jesús no le incómoda nuestra vergüenza; tampoco le molestan nuestras autocensuras, sobre todo cuando asumimos que no sabemos sobrellevar las difíciles cargas, porque las encontramos demasiado pesadas y las soportamos mal. ¡Quiere ayudarnos a cargarlas! Permitamos entrar a Jesús en nuestra vida, en nuestros desiertos, para que nos reconforte y nos colme de serenidad y alegría.

La experiencia del cristiano no evade las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Los primeros cristianos también se plantearon la disyuntiva de comprender el dolor y el sufrimiento. Ellos también conocieron las plagas, el hambre y las crueles persecuciones.

Una de las escuelas espirituales cristianas que meditó en el sentido salvífico del dolor fue la “escuela del desierto”. En el siglo IV incontables cristianos abandonaron el bullicio de las urbes para acudir al yermo.

Los guiaba el ejemplo del Señor Jesús, quien buscaba a Dios en las soledades. Aquellos antiguos monjes y peregrinos que habitaron en los desiertos del Oriente, o las inexpugnables cordilleras de Occidente, conocieron las pruebas de la aridez espiritual y la soledad en todo su dramatismo.

⁶ S.S. Francisco, Un plan para resucitar: una meditación, Revista Vida Nueva, Madrid, 17 de abril de 2020.

En el desierto el peregrino experimenta con crudeza la acedia, la melancolía y la tristeza. No hay donde huir, donde esconderse. En nuestro caso hoy día no hay que ir muy lejos para hallar los desiertos y los vacíos interiores.

Los desiertos espirituales están por doquier. Constituyen las experiencias del sinsentido. Son las actitudes que pueden inducirnos a desertar de una vida plena. Quizá también conforman espacios de nihilismo extremo, donde lamentablemente puede triunfar la desesperanza.

El Papa Benedicto XVI advertía sobre la “desertificación espiritual” que produce la difusión de lo vacío, de lo superficial, en último caso, de la negativa a responder al anhelo de infinito, al llamado amoroso de Dios⁷.

El Papa Emérito se refería a otros desiertos, distintos a los físicos, que son extensiones áridas, carentes de agua, que extraen toda la energía e ingenio de las personas que los habitan. A no ser que viviésemos en lugares como el Sahara, el Sinaí, o la extensa costa pacífica de Suramérica, poseemos escasas oportunidades para experimentar “físicamente” el desierto.

El poeta norteamericano T.S. Elliot acertó al advertirnos que:

“El desierto no está en los remotos trópicos meridionales. El desierto no está sólo a la vuelta de la esquina. El desierto se aprieta a tu lado en el bus, en el tren subterráneo. El desierto está en el corazón de tu hermano”⁸.

4. Los desiertos interiores.

Seguramente en incontables oportunidades nos hemos sentido aislados, solitarios, vacíos de sentido. El mundo moderno crea innumerables “desiertos” sin necesidad de ingresar físicamente a un lugar solitario. Los caminos agrestes surgen en nuestro interior.

Cuando pensamos en el desierto, las primeras ideas que se nos vienen a la cabeza son la sed y la desolación. En aquel desierto personal aparecen la desnudez y la aridez, que son el producto de nuestros tropiezos personales y de nuestras inercias indiferentes. Se trata de los desiertos de las inconsistencias, de las mentiras existenciales y de las rupturas.

Un religioso, Charles Cummings, describía la experiencia del “desierto interior” con precisión:

“Mi desierto es el área de mi vida devastada al parecer por una especie de tornado que ha dejado una tierra desértica. Ahora vivo en ella sin nada. No hay nada nuevo para atraer mis sentidos, mi mente o mi espíritu. Nunca pensé que la vida podía ser así. Dios me parece tan distante y la religión no hace ya ninguna diferencia. Todo lo que siento dentro de mí es un vacío, un monumental cansancio de todo. Cuando experimento el desierto -confiaba Cummings-, el desierto está por todas partes a mí alrededor, y dentro de mí, y no hay escape de él. Sólo cuando llegue al otro lado acabará; pero mi desierto parece estrecharse indefinidamente en la distancia y hasta la idea de cruzarlo me parece imposible”⁹.

Cummings, un monje católico que había explorado la realidad espiritual del desierto, juzgaba que la sociedad contemporánea, con toda su complacencia, suscitaba grandes vacíos, pero también amplias posibilidades para madurar.

⁷ S.S. Benedicto XVI, *Homilía*, 11/10/ 2012.

⁸ T.S. Elliot, *Choruses from 'The Rock'*, en *The Complete Poems and Plays*, 1909-1950, Harcourt, Brace and World, New York 1971, p. 98.

⁹ Charles Cummings, O.C.S.O., *Spirituality and the Desert Experience*, Dimension Books, New Jersey 1978, pp. 25-26.

El autor presentaba tres grandes desiertos existenciales: el desierto de la rutina diaria; el desierto de la soledad, con todas sus consecuencias de ansiedad, preocupación, complejos e inseguridades; y el desierto del sinsentido, de los pensamientos y de las acciones cuyos propósitos se nos escapan, donde asumo que no valgo nada y no le importo a nadie. Yo añadiría un cuarto desierto, el del temor y de la incertidumbre, particularmente el que nos suscita pensar en un futuro incierto, surcado por la pandemia.

Creo que este peculiar “desierto” congrega los “desiertos” nombrados, pero incluye otros dolores como el sufrimiento por lo que pueda ocurrirles a nuestros seres queridos, o la impotencia ante el futuro, cuando se hace casi imposible arrimar un plato de comida a la mesa.

Pero, añadía Cummings, los desiertos interiores aportan “energías espirituales renovadoras que surgen muy de adentro, como aquellos manantiales sutilmente escondidos”¹⁰. La contemplación atenta de estos vastos espacios de sequedad guarda bellezas incomparables; una ligera brisa fresca, una llovizna, transforman el yermo en un polícromo jardín, henchido de vida.

Precisamente aquella fue la intuición del Papa Benedicto XVI cuando nos recordaba que en medio del desierto siempre hay esperanza: “En él se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida”¹¹.

5. El desierto como espacio de encuentro pleno.

El desierto constituye un lugar privilegiado para el encuentro con Dios; un espacio elegido por Él para sus mayores manifestaciones (Heb 11,38-39). Las manos sagradas de Dios modelaron el desierto para transformarlo en un lugar predilecto para su pedagogía (Jer 2,2). Fue en el yermo donde el pueblo de Israel aprendió a prestarle oídos y a confiar en Yahvé (Sal 63).

Fue en el desierto donde Yahvé se dio a conocer a Israel, convirtiendo a aquella turba atemorizada de refugiados que huían del cautiverio de los egipcios en el Pueblo escogido para salvar al mundo. Fue en el desafiante yermo del Sinaí donde Israel recibió su identidad y misión.

El desierto también es un lugar retirado y silencioso (Lc 8, 29); de allí la costumbre del Señor Jesús de buscar la soledad para orar, dialogando con el Padre; para reflexionar y recobrar fuerzas (Mc 1, 35; Mc 6, 31).

Existe una relación de intimidad entre el desierto y la misión encomendada por Dios. El desierto es el lugar de preparación para la misión. Jesús se retira al desierto para estar con su Padre, renovándose para la tarea apostólica.

Cuando vamos de retiro, por ejemplo, nuestra soledad y silencio no nos excluyen de la realidad del mundo. El silencio del desierto nos suscita más bien un reposo interior que nos permite encontrarnos con una dimensión más profunda: se trata de vivir una etapa de quietud silenciosa que es muy necesaria para conocernos mejor y hacer amistad con Dios.

El silencio interior nos permite escuchar la palabra de Dios y, al oírla, conocerlo mejor, aquilatando su misterio de amor.

¹⁰ Ver *Apotegmas del Abba Macario el Grande*, 4.

¹¹ Ver *Apotegmas del Abba Macario el Grande*, 4.

El conocimiento personal nunca ha sido una tarea fácil. Tampoco la ha sido la familiaridad con Dios. La soledad ayuda porque nos priva de distracciones. Tenemos la oportunidad de aquietarnos para escuchar atentamente a Dios.

Conociendo mejor al Padre de Bondad, podremos familiarizarnos con nuestro corazón, porque en el desierto Dios le habla especialmente a nuestro interior. Bien dice el Profeta Oseas: "He aquí que yo te atraeré y te conduciré al desierto y le hablaré a tu corazón"¹².

El desierto es el lugar para unirnos con Dios. Esta intimidad con el Padre nos abre una dimensión más reconciliada, para mirar aquellas cosas que nos incomodan de nosotros. Comprobaremos que estamos aquejados por muchas faltas y pecados que necesitan perdón, de reconciliación. Quizá el gran pecado que descubrimos es nuestra falta de fe, de confianza en Dios.

Por el contrario, el don que podemos recibir en el desierto es la capacidad de desprendernos de los miedos, de los temores, porque nos sabemos acompañados por Dios. Cuando tenemos una experiencia de desierto espiritual, comprobaremos que Dios nunca nos prueba más allá de nuestras fuerzas.

El desierto es un espacio donde los cristianos antiguos, vulnerables a las persecuciones, buscaban refugio. "Un exilio espiritual en el que no se puede pactar con el mundo (...) Donde se vive al abrigo de la soledad, bajo la poderosa protección de Dios"¹³.

La experiencia del desierto es, ante todo, el reconocimiento de nuestra dependencia del amor de Dios. La existencia en el yermo, bajo el sol abrazador, el frío intenso, la sed desesperante y la extrema ausencia de la naturaleza, enseñan cuán frágil es la vida humana.

Cuando el peregrino decide renunciar a su autosuficiencia y aprender a confiar en Dios, el desierto deja de mostrarse tan amenazante. Más bien, revela una belleza sin paralelo. El yermo se vuelve una invitación a la capitulación de las propias fuerzas débiles en pos de la fortaleza sustentada en Dios.

Mortificación, paz y gozo apoyados en la confianza en el Padre Amoroso constituyen realidades de una misma naturaleza. El paisaje desnudo, agreste y reseco facilita la fatiga y el desánimo, hasta hacernos exclamar con Moisés en el Deuteronomio: "Ese enorme y temible desierto" (Dt 1,19).

En palabras del notable biblista Ceslas Spicq, "el desierto también es el lugar de salvación"¹⁴. Es un lugar privilegiado para aprender y aplicar aquellas conductas y convicciones que San Pablo nos recomienda: "Como "elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia y paciencia"¹⁵.

6. La escuela del desierto.

En la experiencia del desierto descubriremos que, en el acto salvífico, Dios pide nuestra colaboración para salvarnos. También nos demanda paciencia y confianza, porque el proceso de purificación en el desierto toma su tiempo, no es inmediato. Recordemos que los israelitas vagaron por el desierto durante cuarenta años; tiempo aprovechado por Dios para educarlos y mostrarles la misión. Aquel pueblo temeroso fue convirtiéndose lentamente en "una luz para las naciones"¹⁶.

¹² Oseas 2, 14.

¹³ Ceslas Spicq, *Vida Cristiana y Peregrinación según el Nuevo Testamento*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1972, p. 78.

¹⁴ Allí mismo.

¹⁵ Ver Col 3,12.

¹⁶ Ver Is 42, 6; 60, 3-6.

Después de un tiempo transcurrido en la experiencia del desierto maduraremos en nuestro autoconocimiento. Comprobamos que somos amados por Dios y salvados por Él. Experimentaremos Su amor salvífico. Llegamos a conocerle mejor, como nuestro guía y salvador. Aquel es el punto de llegada de la peregrinación por el desierto; cuando nos asimos a su mano generosa. Aquel que nos sostiene es el Padre del amor en quien encontramos la liberación de nuestros miedos y temores.

En el desierto alcanzamos a conocer a Dios como la persona que tiene poder sobre todo lo que nos amenaza. Que nos ama y nos va guiando. Que no nos abandona. Que nos salva. También llegamos a conocernos como personas pecadoras, pero, que, pese a nuestras faltas, Dios nos ama.

Una prueba espiritual, o la aspereza del “desierto personal”, puede mostrarle a la persona las cualidades de su mundo interior, logrando avanzar en la respuesta a la interrogante: ¿Quién soy verdaderamente yo? La soledad ayuda a la persona a conocerse íntimamente; a aprender el sentido auténtico de la existencia, logrando atisbar su mismidad.

El desierto es un espacio carente de distracciones, un lugar donde se le hace difícil a nuestra imaginación divagar en temas banales y superficiales. La experiencia de estos “desiertos” permite a las personas hallarse a sí mismas, preparándose plenamente para plasmar el anhelo del encuentro-dialogante.

Cuando se frustra aquella ansia de comunión, el resultado es la tristeza, la melancolía, la acedia, la desconfianza y la angustia. Sin duda los “desiertos” interiores constituyen experiencias o ámbitos difíciles.

El primer impulso nos inclina al desagrado, a mostrarnos descontentos, o quizá evasivos, o a la llana rebelión, buscando otras distracciones. O quizá a desanimarnos, sintiéndonos vencidos antes de emprender el camino para confrontar y resolver aquello que nos prueba. En la mayoría de los casos olvidamos quizá que el yermo duro, seco y pedregoso acompaña al peregrino en su marcha hacia la tierra prometida.

Uno de los ascetas antiguos que habitaron en los desiertos espirituales fue el monje Juan Casiano, quien entrelazó la aspereza del desierto con el abatimiento interior:

“En el estado (de aridez) no nos es posible orar con la alegría de corazón acostumbrada y una inapetencia espiritual nos invade. Nos fastidian las lecturas santas que experimentamos como incómodas, e incluso se nos dificulta ser pacíficos y afables con nuestros hermanos. Las mismas ocupaciones y ejercicios espirituales nos parecen desabridos y nos llenan de impaciencia; nos hallamos desprovistos de todo consejo razonable. En suma, naufraga la constancia y triunfa en nosotros la veleidad. Diríase que nos hemos convertido en personas insensatas, faltas de razón y carentes de criterio; como embriagados por el vino, nuestro espíritu se hunde quebrantado y una desesperación penosísima se cierne sobre nuestro corazón”¹⁷.

Es posible que en la realidad en que vivimos podamos preguntar: ¿Qué tiene que ver todo esto con mi vida, en esta pandemia que nos aqueja? ¡Muchísimo! Juan Casiano describía una experiencia que se nos hace muy familiar: la acedia.

Nuestro confinamiento y la enfermedad pueden inducirnos al desánimo, a la rebelión, al abandono de cosas tan simples como el aseo, la ayuda en las labores del hogar, cuando los platos sucios y las ollas se amontonan. O, lo que es más grave, nos volvemos impacientes y antipáticos con las personas que nos rodean.

¹⁷ Juan Casiano, *Instituciones Cenobíticas* X, 1.

Cuando nos aislamos, permitiendo que las amarguras nos sobrepasen. Cuando vamos perdiendo la fe en el futuro; o cuando nos hacemos inmunes a las alegrías y esperanzas que Jesucristo nos ha regalado. Cuando endurecemos nuestros oídos y corazones a su llamado a anunciar la Buena Nueva en medio del dolor y el desconcierto.

El sacerdote jesuita Giovanni Cucci afirmaba que la acedia era un mal muy presente en nuestro tiempo¹⁸. Con los confinamientos por la pandemia y las limitaciones a nuestra vida la acedia se ha convertido una afección aún más grave.

¿Cómo se manifiesta la acedia? Como un velo opaco que todo lo hace sentir insoportable, tedioso, vacío, sin energía. Resulta imposible detenerse un ratito para pensar, para estar en silencio, para estar tranquilos e interactuar con la realidad. Como si experimentáramos interiormente un fuego inquietante, que no nos deja escapar.

Acedia significa literalmente debilidad del alma, que se manifiesta como la falta de atracción, de deseo de vivir, porque se considera que la vida carece de sentido. La desolación que puede traer la acedia hace que uno se sienta impotente e inútil, a merced de la emoción de turno. Se apodera de uno la inercia, el cansancio del espíritu, el tedio del corazón. Sientes dentro de ti un desagrado muy fuerte. Te crees una pesada carga para ti mismo. La vida se convierte en un desierto impasable.

Esta forma de codificar la vida, de comportarse interiormente, tiene salidas, tiene soluciones. Ante todo, hay que entender lo que nos está ocurriendo. E, inmediatamente, con gran energía, ponerle coto, colocarle solución.

Para confrontar este estado de acedia necesitamos aceptar que debemos parar en seco estos pensamientos; confrontar los sentimientos de temor que suelen manifestarse, por ejemplo, cuando nos encerramos en nosotros mismos; cuando el centro dominante de nuestra realidad son nuestros sufrimientos, reales o exagerados.

San Ignacio de Loyola, aquel gran maestro de la vida espiritual advertía: En los tiempos de desolación nunca hagamos cambios, nunca confiemos en nuestros juicios extremistas y exagerados. Más bien debemos actuar haciendo exactamente lo contrario de lo que sugieren nuestros estados de ánimo abatidos.

Resistir en este contexto significa más que un simple esfuerzo de voluntad, es detenerme en las cosas espirituales que han sido abandonadas, y esto conduce con el tiempo a modificar la actitud negativa de fondo¹⁹.

7. El desierto: una prueba límite.

La vastedad del horizonte, el silencio solemne y la quietud de la soledad del desierto aportan una experiencia educativa insustituible. En los calores del medio día los monjes solitarios anhelaban recibir sobre el rostro el frío viento de la noche. ¿A quién más clamar sino a Dios para que apague la sed y mitigue el calor? Pero, cuando se ponía el sol y soplaban el viento gélido, el monje solitario volvía a clamar a Dios para que apure la noche y el sol de la mañana lo caliente.

La soledad desnuda nuestras debilidades. En aquellas circunstancias Dios elige llamarnos a confiar plenamente en su amor. Junto a su poderosa voz escuchamos también el murmullo dulzón de la tentación a la desesperanza: ¡No resultará! ¡Es pedirme demasiado! ¡No vale la pena tomarme tan a

¹⁸ Giovanni Cucci S.I., *La acedia, mal de nuestro tiempo, en La forza dalla debolezza. Aspetti psicologici della vita spirituale*, Roma, Adp, 2011.

¹⁹ San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n. 318.

fondo las cosas! ¿Acaso debes asumir el llamado de Dios tan en serio? ¡Otros han olvidado a Dios y parecen tranquilos!

Los antiguos monjes y maestros llamaron a estos murmullos interiores de desconfianza la “crisis del desierto”, parte fundamental del combate espiritual para acercarnos en amistad al Señor.

En estas circunstancias intentamos asirnos a nuestro espíritu, pero lo descubrimos distante y acedioso. En aquel momento nos resultaría sumamente fácil y liberador desestimar el llamado de Dios y abandonar las mortificaciones; en realidad abandonarlos a la desesperanza porque las mortificaciones seguirán haciéndose presentes.

Quizá si este desierto se presentase de manera espaciada las cosas serían más llevaderas. Pero aparece fieramente, sin dar tregua, todos los días. La tentación de “abandonar la lucha” surge con todo su poder y atractivo, sustentada en nuestra aversión al sufrimiento.

Contribuye negativamente nuestra inclinación a rebelarnos ante lo incómodo. Pero Dios está allí, perseverante, junto a nosotros, derramándonos su gracia. Se hace presente en el dolor y en la alegría. En la conciencia de nuestra fragilidad y en el descubrimiento de nuestra necesidad del amor del Padre.

Algo nos dice que ha llegado el momento de “incendiar” nuestro orgullo y autosuficiencia. Vamos aprendiendo a conocer nuestra vulnerabilidad. Comprendemos que nuestra felicidad clama por la ayuda de Dios. Vamos vislumbrando que el llamado del Padre realiza para que seamos generosos con nuestras vidas no es una demanda sino una invitación y una manifestación de su amor.

Una convocatoria que podremos aceptar solamente en la medida en que abandonemos nuestra vanidad y escuchemos cómo Dios golpea la puerta de nuestro corazón para entrar, cenar con nosotros y acompañarnos (Ap 3,20).

La clave de la lucha para sobrellevar el desierto pasa por su plena aceptación. En el yermo corresponde confiar en Dios. Con esa actitud el Señor Jesús inició su misión salvífica, recorriendo el desierto durante cuarenta días, sin comida y bebida. Es un periodo de soledad y prueba espiritual, que se supera en la intimidad con el Padre y con la oración.

En la “prueba del desierto” de Jesucristo aparecieron las tentaciones, pero el Señor perseveró en la misión²⁰. Son días duros para Jesús, como lo serían para cualquier persona. Ya frágil fue tentado para que ceda a la desesperanza y renuncie a la obra encomendada por su Padre. Sin embargo, Jesús se abandona en la confianza en Dios para ponerse en sus manos.

Para Jesús la experiencia del desierto es una situación decisiva, de la misma forma que lo es para nosotros. Jesús es el Hijo obediente y fiel, el Hijo amado. Se deja conducir por el Espíritu al desierto y luego acude al mundo, en donde lucha cara a cara contra el mismo Satanás. Jesús sigue con obediencia y confianza el Plan que el Padre tiene para su vida, para su ministerio y para su muerte sacrificial. Jesús no huye de su experiencia de desierto. Es “probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado”²¹.

En el huerto de Getsemaní, Jesús se enfrenta solitario a todo el terror del desierto. Cuando Jesús reza diciendo “aparta de mí este cáliz,” el Padre permanece en silencio. Durante las horas que pende de la Cruz, Jesús experimenta el desierto con toda su cruel indiferencia frente a la miseria humana.

²⁰ Ver Mt 4,1; Mc 1,12; Lc 4,1.

²¹ Heb 4, 15.

“En la Cruz, Jesús pierde todo y se convierte en el hombre radicalmente pobre, cuya dependencia a la ayuda de los demás es completa. Al agotar sus propias fuerzas parece abandonado por el hombre y por Dios. En una pequeña colina fuera de Jerusalén, ‘fuera de la puerta... fuera del campamento’ (Heb 13, 12-13). La Cruz es la soledad de Jesús, su abandono, su experiencia de desierto”²².

Jesús ha atravesado antes que nosotros la experiencia del desierto. Su senda constituye una clave histórica para nosotros. “Si hoy yo me encuentro en el desierto de la rutina diaria, sé que Jesús ha estado antes por ese camino, habiendo pasado casi toda su vida en Nazaret en la rutina del trabajo manual ordinario. Si estoy en el desierto de la soledad, Jesús ha pasado también por él, porque cuando el Señor buscó el apoyo de sus amigos en el huerto de Getsemaní, ellos estaban dormidos y luego huyeron dejándolo solo. Si estoy en el desierto del sinsentido, Jesús ha estado también allí. Cuando agonizaba en el desierto de la crucifixión, Él experimentó hasta el límite más extremo el sinsentido y el sentimiento del abandono de Dios”²³.

El Señor Jesús es más que un modelo y un ejemplo cuya experiencia del desierto puedo recordar, reflexionando sobre ella como evento histórico. El misterio de Cristo es una realidad actual, una realidad siempre presente. Y la historia de mi vida es parte de la historia de Cristo, que sigue para siempre. Mi experiencia de desierto reproduce en este momento de la historia la experiencia del desierto del mismo Cristo. Mi propio desierto es, de alguna manera, una participación del desierto y del anonadamiento de Jesús. Su experiencia es una situación clave para mí.

8. La aceptación de la experiencia del desierto lo transforma en tierra prometida.

Para sobrellevar provechosamente la “experiencia del desierto” necesito aceptarla, renunciando a las evasiones. Pero esta aceptación no es emocional, ni voluntariosa. Se centra en una opción, en mi confianza y fe en Dios. Es el Padre de bondad quien precisa los límites de mi resistencia y quien me da la gracia para aceptar y cooperar con mi experiencia de desierto.

“Es tal mi dependencia de la gracia divina para realizar actos que me conduzcan a la salvación, que sólo contando con ella puedo responder a Dios con aceptación amorosa y con confianza”, recuerda el padre Cummings²⁴. Es por el poder de la gracia de Dios y de su Espíritu Santo presente en mí que puedo decir Sí a pesar de que ocurran momentos en que Dios me parezca lejano, incluso ausente.

Jesús murió en una cruz colocada fuera de la ciudad, como proscrito, rechazado por su propio pueblo y abandonado aparentemente por su propio Padre. Tanto Mateo como Marcos narran que Jesús pronunció por lo menos las primeras palabras del Salmo 22 mientras colgaba en la Cruz: “‘Eloí, Eloí, ¿lema sabactani?’ -que quiere decir: ‘¿Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?’”²⁵.

Este grito brotó de las profundidades atribuladas del corazón de Jesús en un momento al que podemos referirnos como su experiencia extrema de desierto. Jesús tenía la certeza de que su Padre no estaba lejos sino cerca, que estaba a la mano. Y sin embargo su Padre había optado por no intervenir, por no manifestar su poder viniendo a rescatarlo. Jesús sintió el peso del abandono y del desamparo de Dios cuyo amor, sin embargo, dura por siempre²⁶.

Sólo Lucas nos relata la otra palabra de Jesús en la Cruz, tomada del Salmo 36. No se trata aquí del clamor lleno de tormento de un hombre atribulado, sino del anuncio de una confianza amorosa:

²² Charles Cummings, O.C.S.O., Ob. cit., p. 98.

²³ Allí mismo.

²⁴ Charles Cummings, O.C.S.O., Ob. cit., p.141.

²⁵ Ver Mc 15,34; Mt 27,46.

²⁶ Sal 136.

“Jesús, dando un fuerte grito, dijo: ‘Padre, en tus manos pongo mi espíritu’ y, dicho esto, expiró” (Lc 23,46). “En el momento supremo, Jesús respondió a su experiencia de desierto con un clamor de aceptación amorosa y confiada que venía también de las profundidades angustiadas de su corazón”²⁷.

Jesucristo nunca abandonó la confianza en el Padre, al punto que con su último suspiro se encomienda confiadamente en sus manos. Jesús podía discernir la presencia amorosa de Dios a pesar y por encima de la duda que pretendía alzarse por la aparente ausencia de ese Padre que según las Escrituras experimentaba.

Desde una experiencia existencial el Señor nos testimonia su plena confianza en Dios, familiaridad que Jesús había cultivado en aquellos espacios de soledad y silencio orante, en los desiertos y los yermos a los que Él se retiraba a rezar y dialogar con su Padre. Desde el dolor de la cruz Jesús expresa que nunca debemos abandonar al Dios de la confianza, a pesar de que en esos decisivos momentos aquel Dios pudo percibirse como lejano.

Un juicio ligero podría hacernos pensar que Dios Padre dejó a su hijo “en la oscuridad de la duda y el sinsentido”²⁸. Pero sabemos cómo la amorosa confianza de Jesús fue reivindicada con gloria en su resurrección de entre los muertos. “La muerte y la resurrección fueron las dos caras de un mismo suceso en la vida de Jesús, suceso al cual el Evangelio de Juan se refiere con el término ‘exaltación’²⁹. La respuesta que Jesús pidió desde la Cruz le fue dada en el momento de su exaltación, cuando murió y resucitó. La hora del abandono de Jesús se transformó en la hora de su victoria”³⁰.

Al alcanzar el límite extremo del abandono y del vacío, Jesús encontró la gloria de Dios y fue asumido por esa gloria. “Cuando se dejó ir, y fue arrojado al abismo de la muerte, las manos amantes de su Padre lo recibieron en una vida eterna y bienaventurada. Viendo a Jesús agonizante quedamos deslumbrados por su sublime acto de confianza amorosa, mediante el cual confió la totalidad de su ser a aquel Otro que misteriosa, oculta, silenciosa, incomprensiblemente lo esperaba en algún lugar situado más allá del horizonte de la muerte”³¹.

No existe ya una experiencia de desierto cuyo abandono y vacío sean tales que no pueda ser aceptada por un cristiano mediante un acto de confianza amorosa que transforme el sentido mismo de ese desierto, que lo arrebate de la desesperanza.

“Así como Jesús descubrió la presencia de su Padre en el momento de la ausencia más absoluta, el cristiano puede descubrir que su experiencia de desierto es un tiempo de cercanía especial con Dios. Aquí nos enfrentamos una vez más a la paradoja: la experiencia de desierto puede ser un tiempo de intimidad con Dios a la vez que un período de purificación.

Por el acto de aceptación, el desierto se convierte en tierra prometida, y la muerte se transforma en vida. Mediante la aceptación de mi experiencia de desierto ingreso al misterio de la victoria sobre la muerte y el desierto que nos obtuvo Jesús en la Cruz. En mi acto de aceptación, triunfa victoriosamente en mí Aquél que entró conmigo al desierto”³².

El Papa Francisco afirmaba una valiosa enseñanza: “Jesús trae la luz”³³. Para atisbarla necesitamos intimar con el Señor Jesús, con quien estamos hermanados por la maternidad común de Santa

²⁷ Charles Cummings, O.C.S.O., Ob. cit., p. 142.

²⁸ Empleamos las palabras del teólogo Paul Tillich, quien precisamente destaca el coraje de Jesucristo, alimentado por la confianza y el amor a Dios. Ver *El coraje de existir*, Yale University Press, New Haven 1952, p. 188.

²⁹ Jn 3, 14; 8, 28; 12,32.

³⁰ Charles Cummings, O.C.S.O., Ob. cit., p.143.

³¹ Allí mismo.

³² Charles Cummings, O.C.S.O., Ob. cit., p.144

³³ S.S. Francisco, *Meditación en la Eucaristía en Santa Marta*, miércoles, 6 de mayo de 2020.

María. Pero el Santo Padre nos advertía que también estamos acostumbrados a sumergirnos en nuestros dramas, cegándonos a la luz de Jesucristo. “Este es el drama de nuestro pecado: el pecado nos ciega y no podemos soportar la luz”, advertía el Papa. “Tenemos los ojos enfermos. Y Jesús lo dice claramente en el Evangelio de Mateo: “Si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará malo. Si tu ojo ve solamente las tinieblas, ¿cuánta oscuridad habrá en ti?”³⁴.

“Nuestros ojos están enfermos: ¿cuáles son las cosas que los debilitan, que los ciegan? Los vicios, el espíritu mundano, la soberbia. Los vicios que te derrumban y también estas tres cosas -los vicios, la soberbia, el espíritu mundano- te llevan a asociarte con los otros para permanecer seguro en las tinieblas”³⁵.

Se trata de los muros que hay que advertir; en la soledad del desierto nos estrellamos con estos parapetos, donde está presente el temor y la desconfianza del compromiso que hace Jesús con nosotros: “Yo estaré con ustedes”³⁶. “¡Ánimo! soy yo; no tengan miedo”³⁷.

El propio Señor nos ofrece una salida para nuestros temores, para nuestra ceguera. “Jesús mismo dice que Él es la luz, y también: ‘Vine al mundo no para condenar al mundo, sino para salvar al mundo’³⁸. Jesús mismo, la luz, dice: ‘Ten valor: déjate iluminar, déjate ver por lo que tienes dentro, porque soy yo quien te lleva adelante, para salvarte. No te condeno. Yo te salvo’ (v. 47). El Señor nos salva de nuestras tinieblas interiores, de las tinieblas de la vida cotidiana (...) Hay muchas tinieblas interiores. Y el Señor nos salva. Pero nos pide que las veamos primero; tener el valor de ver nuestras tinieblas para que la luz del Señor entre y nos salve. No tengamos miedo del Señor: es muy bueno, es manso, está cerca de nosotros. Vino a salvarnos. No tengamos miedo de la luz de Jesús”³⁹.

9. Contraviniendo al desierto del desaliento.

El desánimo constituye una reacción normal ante una dura prueba como la del desierto. El reto más difícil consiste en nuestro abandono en las manos de Dios. En la confianza en el Padre de Bondad. La tentación inmediata es la evasión de las pruebas.

Hace algunos lustros el filósofo Max Picard puntualizaba el problema de la huida de Dios. “Ocultarse” de los llamados del Padre Amoroso es una constante en la historia. “No es el hombre sino la huida quien determina la manera de huir (...) Nadie se pregunta ya por que huye; pero se olvida que huye de Dios”, añade Picard⁴⁰.

La lejanía de Dios arrastra a la persona a evadir aquellas exigencias que juzga como incómodas y mortificantes. La psicología espiritual denuncia innumerables fórmulas de evasión y de retirada. La persona las adopta como medios de defensa contra lo que considera exigencias incómodas, insistencias absurdas, o amenazas contra sus intereses.

“Toda evasión de la realidad constituye un cierto tipo de obstáculo al pleno influjo de la gracia de Dios, con su dirección inherente a la perfección de la personalidad humana”, exponía el psicólogo espiritual E.J. Cuskelly⁴¹.

³⁴ Mt 6,22-23.

³⁵ Allí mismo.

³⁶ Mt 28,16-20.

³⁷ Mt 14,22-33.

³⁸ Jn 12,46-47.

³⁹ S.S. Francisco, Meditación en la Eucaristía en Santa Marta, miércoles, 6 de mayo de 2020.

⁴⁰ Max Picard, La huida de Dios, Guadarrama, Madrid 1962, p. 18.

⁴¹ E.J. Cuskelly, Un Corazón para Conocer. Guía Práctica de la Vida Espiritual, Sal Terrae, Santander 1969, p. 240.

La huida de Dios es un contrasentido porque el desea intensamente morar con nosotros. El teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, asesinado durante la barbarie Nazi en un campo de concentración, en 1945, destacaba que:

“Dios es un Dios que carga nuestro peso. El Hijo de Dios llevó nuestra carne, llevó la cruz por ello, llevó todos nuestros pecados y, con este acto de cargar, trajo la reconciliación. Ser cristiano consiste en cargar. Lo mismo que Cristo, al sostener la cruz conservó su comunión con el Padre, para quien le sigue, cargar la cruz significa la comunión con Cristo”.

Sobre la interrogante decisiva sobre donde se encuentra Dios cuando sufrimos, Bonhoeffer respondió: “¡Sufriendo con nosotros!”. San Pedro les recuerda a los cristianos que a Dios “podemos confiarle todas nuestras preocupaciones, porque él cuida de nosotros” (1Pe 5, 7).

El gran biblista anglicano N. T. Wright advertía que “el sentido del lamento, tan entretejido en la tradición bíblica, no intenta ofrecernos una salida sencilla para nuestra frustración, tristeza, soledad e incapacidad para comprender lo que está sucediendo o por qué. El misterio de la historia bíblica es que Dios también se lamenta. A algunos cristianos les gusta pensar que Dios está por encima de todo dolor, sabiéndolo todo, a cargo de todo, tranquilo y sin afectarse por los problemas del mundo. Esa no es la imagen que la Biblia nos ofrece de Dios”⁴².

En innumerables pasajes la Sagrada Escritura nos muestra a un Dios afligido en lo más hondo de su corazón. Dios vuelve a su pueblo en la persona de su Hijo amado, Jesucristo. La historia de Jesús no tiene sentido a menos que entendamos su Encarnación.

Los Evangelios nos describen a Jesús sollozando ante la tumba de su amigo Lázaro⁴³. San Pablo habla del Espíritu Santo “gimiendo” dentro de nosotros, cuando nos sobrecoge algún terrible dolor. La doctrina de la Trinidad nos enseña a reconocer al Dios único, que gime por nuestro sufrimiento en las lágrimas de Jesús y en la angustia del Espíritu.

N. T. Wright nos recuerda que la vocación del cristiano consiste también en permitir que el Espíritu Santo se lamente junto con nosotros, por nuestras penas y dolores. Se trata de transformarnos, incluso en nuestro autoaislamiento, en “pequeños pero luminosos santuarios” donde “pueda morar la presencia y el amor sanador de Dios. De aquella presencia pueden surgir nuevas posibilidades, nuevos actos de bondad, quizá una nueva comprensión científica, una nueva esperanza”⁴⁴.

El combate exige de nuestra parte un esfuerzo sostenido. Se trata de lo contrario a la evasión. Lo que se busca es que, al lado del empeño, que es un encogimiento del querer, exista una acción favorable, bella y buena, que es la distensión del querer.

Los monjes del desierto conocieron de primera mano las experiencias mortificantes asumidas en el camino a la santidad. Estos antiguos ascetas entendían claramente, como destacaba Bernard Kelly, que “lo único razonable es que mientras dejamos la iniciativa a Dios deberíamos, por medio de una serie de prácticas, conservarnos dentro de una preparación continua para la acción”⁴⁵.

La tristeza abatida puede desesperar. Pero también puede constituirse en un momento de retorno a Dios. Es importante traer constantemente a nuestra memoria cuanto nos amó Dios. El obispo católico maronita de Brooklyn, Nueva York, Gregory J. Mansour, quien estuvo afectado por el Coronavirus, relataba que durante su enfermedad tuvo tiempo para meditar y rezar mucho: “Cuando estás

⁴² N.T. Wright, *Christianity Offers No Answers About the Coronavirus. It s Not Supposed To*, en Time, March 29, 2020.

⁴³ Jn 11, 1- 45.

⁴⁴ N.T. Wright, *Christianity Offers No Answers About the Coronavirus. It s Not Supposed To*, en Time, March 29, 2020.

⁴⁵ Bernard Kelly, *Progress in Religious Life*, Newman Press, Westminster 1954, p. 69.

solo, realmente te tomas el tiempo para examinar, con sinceridad, tu relación con Dios, tu propio comportamiento, tus pensamientos y tu vida emocional; y para alinearlas más cerca con la voluntad de Dios⁴⁶.

Testimonios como los de Mons. Mansour, quien se contagió cuando recogió a una persona enferma en la calle para llevarla al hospital, traen nueva luz a las tenebrosas tinieblas de la enfermedad, la luminosidad de la fe en el amor de Dios.

Hace unos días el Papa Francisco meditaba precisamente en el amor de Dios que nos sostiene:

“Dios nos ama y nos ama -como dice un santo- con locura: el amor de Dios parece una locura. Dios nos ama: ‘Tanto amó al mundo que entregó a su Hijo unigénito’ (Jn 3,16). Dio a su Hijo, envió a su Hijo y lo mandó a morir en la cruz. Cada vez que miramos el crucifijo, encontramos este amor. El crucifijo es precisamente el gran libro del amor de Dios. No es un objeto para poner aquí o allá, más bello, no tan bello, no tan antiguo, más moderno. Es precisamente la expresión del amor de Dios. Dios nos amó de esta manera: envió a su Hijo, se anonadó a sí mismo hasta la muerte de cruz por amor. ‘Tanto amó al mundo, Dios, que dio a su Hijo’ (cf. v. 16)”⁴⁷.

El dilema que se nos plantea de vivir aterrorizados e inseguros por la pandemia y otros padecimientos se confronta con el amor dinámico que nos muestra Dios. En la experiencia de dolor reconocemos nuestras fragilidades y aprendemos a buscar la plenitud del bien.

En el refugio de la aparente seguridad y suficiencia material es posible evadir con distracciones los sufrimientos de nuestra vida cotidiana. Por lo menos por un tiempo. Pero finalmente el dolor interior volverá a aparecer, incólume, aunque uno decida ignorarlo.

El místico español del siglo XVI, Fray Luis de Granada insistía que el dolor de mortificación, como el que hallamos en los “desiertos”, cumple la función de “arrancar del ánimo la mala raíz del amor desordenado, de uno mismo y de todas nuestras cosas”⁴⁸.

La nitidez del desierto nos permite apreciar que Dios se acerca a nuestros dolores, a nuestras heridas para sanarlas. El Papa Francisco nos recordaba que Dios “salva a las personas con su propia vida, con su amor y misericordia especialmente para los que son más pecadores (...) Dios se implica, se mete en nuestras miserias, se acerca a nuestras llagas y las cura con sus manos, y para tener manos se ha hecho hombre. Es un trabajo personal de Jesús. Un hombre ha cometido el pecado, un hombre viene a curarlo”⁴⁹.

La experiencia del desierto constituye un momento fundamental para acercarse a Dios, aquel que “siempre vence con la sobreabundancia de su gracia, con su ternura, con su riqueza de misericordia”⁵⁰.

La persona que está realmente arraigada en Dios se convierte en un testigo vivo de su amor. Quien se entrega a Dios se transforma en instrumento a través del cual Dios toca a su pueblo. Habiendo aprendido de Dios en la experiencia del desierto, podemos hablar con palabras de verdad y convertirnos en testigos proféticos de la sabiduría de Dios en el mundo.

⁴⁶ Carol Zimmermann, Maronite bishop says he learned a lot from his COVID-19 experience, *Crux*, May 2, 2020.

⁴⁷ S.S. Francisco, *Homilía*, 22 de abril de 2020.

⁴⁸ *Guía de Pecadores*, 2, 9.

⁴⁹ S.S. Francisco, *Homilía*, 23/10/ 2013.

⁵⁰ Allí mismo.

No nos hallamos perdidos en la impotencia. Tenemos la oportunidad de orar para que de alguna manera se extinga la pandemia. Pero debemos tener en cuenta que el propósito fundamental de nuestra oración es construir nuestra confianza en la eficacia de la misericordia de Dios. Su misericordia nunca es una solución rápida para que podamos volver a ser lo mismo, sino una "sanatio en radice", una profunda cura que nos transforma, individualmente y como personas. "Este proceso toma su tiempo, tanto tiempo como sea necesario", nos recuerda Austen Ivereigh, biógrafo del Papa Francisco. "Dios se preocupa demasiado por nosotros como para vengarse de nosotros, deseándonos algún mal"⁵¹. Aquello sería contrario a la naturaleza amorosa de Dios Padre.

Recientemente el sociólogo francés, Alain Touraine, manifestaba que la pandemia ha rebelado que el ser humano "está en el vacío, reducido a la nada. No hablamos, no debemos movernos, ni comprender"⁵².

En contraste, el Papa Francisco nos recordaba que como cristianos, como personas humanas, poseemos una particular misión; estamos en la situación de hacer algo, de "contagiar" la esperanza. Ciertamente el Santo Padre no estaba expresando alguna forma de pensamiento ilusorio.

Francisco se refería a "otro contagio, que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera la Buena Noticia de la Resurrección de Jesucristo. Es el contagio de la esperanza: '¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!'. No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no 'pasa por encima' del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada"⁵³.

⁵¹ Ver Austen Ivereigh, *The Pope and the Plague An unscheduled Urbi et Orbi*, en *Commonweal*, April 3, 2020.

⁵² Ver Alain Touraine: "Esta crisis va a empujar hacia arriba a los cuidadores", entrevista con Marc Bassets, *El País*, 28 de marzo del 2020.

⁵³ S.S. Francisco, *Mensaje Urbi et Orbi para la Pascua*, 12 de abril de 2020.